

EN LA TRAMPA DE LOS PRODUCTOS BASICOS

Por Angel Rama

★ Hemos dicho, y oido decir, que a Cuba y su revolución socialista, se debe la convocatoria del Consejo Interamericano Económico y Social para examinar el programa Alianza para el Progreso presentado por el presidente Kennedy. Es cierto, pero es igualmente cierto que Cuba fue el despertador que obligó a los Estados Unidos a encararse con una situación económica y social en Latinoamérica, cuyo deterioro no hubiera de cualquier modo constraído a su atenderla. En definitiva, Cuba es la única consecuencia de este agravamiento del continente de habla latina donde la palmaria subdesarrollo equivale a productos básicos y a falta de industrialización.

Los problemas derivados de la caída vertical de precios de los productos básicos en los mercados de países industrializados —Estados Unidos, Europa occidental, Japón—, la necesidad imperiosa de una integración económica regional para defenderse de las ya creadas y de la falta de un mercado amplio para la producción nacional, fueron aspectos no previstos en el mensaje del presidente Kennedy que con la habitual ferga toybecana, grandilocuente, planeó sobre las grandes palabras: historia crucial, progreso, educación, etc. En su espíritu, como en el de asesores que desconocen la realidad latinoamericana o que en cambio conocen bien las conveniencias del mercado norteamericano, el plan encara una ayuda económica de emergencia que debe ir acompañada por un mayor aumento de la producción agrícola —Reforma Agraria— y una consiguiente estabilidad social, que se complementaría con la campaña contra el analfabetismo, la mala vivienda, la insalubridad, etc.

Fue Brasil quien reclamó la inclusión en el temario de la Conferencia de Punta del Este del problema de los productos básicos, y fue este país el que tuvo una visión más nítida del dilema latinoamericano. Porque una inyección económica de nada sirve si no va acompañada de una planificación que recupere los precios de las materias primas. El error del Brasil, cuya preocupación central es el café, va dirigido a la estabilización de los mercados internacionales y al aumento de precios del producto. Hemos visto los informes preparados por el Consejo del Café son demoletores, y Janio Quadros lo sabe bien porque su ascensión al poder ha respondido en buena medida al caos económico al que Brasil se aproximaba a consecuencia del aumento creciente de su producción y del descenso de los precios.

En efecto, entre 1954 y 1960, los cafés del Brasil pasaron de 78.71 a la libra a 36.97, al mismo tiempo que la producción dejaba excedentes que resargaban el mercado y provocaban la quiebra. Se prevé un aumento del 3 por ciento anual en el consumo de café. "De acuerdo con tales índices —dice el informe de expertos de la OEA— el consumo de café en el año 1970 sólo llegará a 68 millones de sacos con una producción estimada para el mismo año de 84 millones. Actualmente la producción excede al consumo en cerca de un 35 por ciento".

No es con el único producto básico que ocurre esto, pero el caso del café es el más llamativo porque catorce países latinoamericanos dependen en mayor o menor grado de sus exportaciones. Para seis, esas exportaciones constituyen entre el 50 y el 85 por ciento de sus ingresos de divisas, y para cuatro, cerca del 30 por ciento. Si además se observa que desde 1954 a 1960 el descenso, que no lo es rigorosamente

en las ventas sino en los precios, ha hecho perder a los países productores de café 1,400 millones de dólares, se comprende que esto se aproxime a una catástrofe para el continente.

Si es posible agravar este panorama, podría cotizarse la depreciación de las materias primas con el aumento de los productos manufacturados que exportan los países altamente industrializados. En "Commodity Problems in Latin America" preparado por un subcomité de asuntos latinoamericanos del Senado de Estados Unidos en 1953 se observa que en el período comprendido entre 1929 y 1955-57, la producción de artículos manufacturados ha aumentado en un 110 por ciento, mientras que las exportaciones de un grupo seleccionado de productos primarios, incluyendo el petróleo, consiguieron solo un aumento del 32 por ciento. Si se excluye el petróleo el incremento representó sólo el 14 %.

A este problema se dedica el título III de las resoluciones de la Conferencia de Punta del Este, y la lectura atenta podría servir para alarmar a los latinoamericanos, incluso a aquellos desorientados que viven confiados, a la espera del chorro de dólares de la ayuda. No hay prácticamente ninguna resolución concreta, imperativa, y el capítulo se abre con la comprobación de que "el desarrollo económico de la América Latina requiere la expansión de su comercio, un aumento simultáneo y correspondiente de sus ingresos en divisas derivadas de la exportación, una disminución de las fluctuaciones cíclicas o estacionales en los ingresos de exportación de materias primas y la corrección del deterioro secular de sus términos de intercambio", para luego limitarse a acordar "que debieran tomarse las medidas siguientes".

Para quien observa en una conferencia el rigor con que los representantes redactan acuerdos que todavía requieren sanción parlamentaria de los respectivos organismos nacionales, sabe que el subjuntivo es un modo útil para las aspiraciones —irónicas y no para las realidades. Incluso cuando, como en el documento sobre Integración económica, se "recomienda" a los países miembros de la OEA que no formen parte de la integración económica latinoamericana —o se llamanamente Estados Unidos— reducir las barreras que obstaculicen el incremento de sus importaciones de productos intermedios y terminados provenientes de los países latinoamericanos, es el propio Ministro Dillon quien lo objeta y se niega a aceptarlo.

Aparte de las aspiraciones, los únicos acuerdos eficaces son los referidos a la convocatoria de un grupo de expertos que antes de 1962 (31 de marzo) deberá estudiar y proponer el financiamiento compensatorio que evita las fluctuaciones en el volumen y en los precios de las exportaciones de productos básicos, tratando de establecer un "fondo internacional de estabilización de los ingresos de importación" de acuerdo al informe ya preparado por el Grupo de Expertos de OEA para el punto III del Temario.

En lo que se refiere a las preocupaciones de nuestro país y de la Argentina sobre carnes y lana, los dos textos adoptados limitan a "recomendar" que se adopten medidas que tiendan a eliminar los obstáculos que traban el ingreso de

En la Trampa de los Productos Básicos

(Viene de la última página)

los productos en los países miembros, y apelar a una influencia sobre el Mercado Común Europeo (a través de Estados Unidos, obviamente) para que la carne no sea incluida en los productos primarios que protege ese mercado.

La ineficiencia práctica de todas estas medidas es visible, y lo saben los delegados, quienes consideran que se trata de un paso hacia mayores conquistas, a saber: eliminar barreras proteccionistas, obtener precios estabilizados aunque bajos, crear un fondo compensatorio. Más importante que estas timideces es la comprobación de algunas cosas que muestran la trampa abierta a las tantas falsedades expandidas acerca de esta Conferencia.

En primer término los límites férreos del panamericanismo. Todas las recomendaciones sobre productos básicos tienen un ojo puesto en Estados Unidos y otro en los mercados europeos, sobre todo en el caso del café. Comprueban que ya el pregonado panamericanismo no soluciona los problemas económicos de Latino América, ni mucho menos, y se descansan todavía en la fuerza persuasiva de los Estados Unidos ante sus socios europeos. Segundo, que Estados Unidos no parece dispuesto a ninguna medida categórica para revalorizar los productos básicos, porque para ello debería reвер su propia organización económica, actuar contra los productos nacionales, no facilitar el desarrollo de los sustitutos creados por las técnicas —fibras para la lana, etc.— ni permitir que a través de los capitalistas privados se hagan fuertes inversiones en otras zonas del mundo donde la producción de materias primas se obtiene a precios más remunerativos (caso de África, de Oceanía). Tercero, y último, que, como han dicho mil veces en todos los tonos los delegados americanos

la dependencia entre la exportación de productos básicos por un lado, y los ingresos de divisas, el financiamiento fiscal, el ingreso nacional y la capacidad para importar, por el otro, la estabilidad de los ingresos provenientes de la exportación de estos productos es una condición esencial no sólo para la estabilización en las economías de estos países sino también para su proceso de capitalización y crecimiento".

Es decir que sin la mejora de las exportaciones no hay posibilidad de reinvención, ni de industrialización. Esta palabra sonó poco, demasiado poco, en una conferencia económica, y los Estados Unidos no parecieron en ningún momento dispuestos a crear centros competitivos en América Latina sino a contribuir a un desarrollo primario. Son los límites que impone el propio régimen del capitalismo americano a las intenciones, aun las que puedan ser consideradas más generosas. Si ese desarrollo no se produce en un margen apreciable, Estados Unidos no sólo tendrá que enfrentarse a transformaciones de la estructura socio-económica de América Latina, sino que verá desaparecer sus compradores. Si ese desarrollo llegara a un grado superior, también. Entre ambos peligros se mueve la ayuda.

Pero la falta de solución al problema de los productos básicos deja intoxicado el centro neurálgico de la vida económica latinoamericana, y se limita a retardar, con una inyección de dólares, el momento en que se resquebraje la estructura económica de nuestros países, dependientes del monocultivo y de la zafra que pone año a año en peligro la estabilidad nacional. Habría otros modos de enfrentarse a la solución que no sean los simplemente monetarios: las transformaciones estructurales de la sociedad latinoamericana. En el documento fundamental de la Alianza para

te un artículo, el número 10, aludió a ese problema, y en él tocó, con exactitud el dedo previsor del Sr. Dillon, para mutilarlo.

Allí se pedía "Mantener niveles de precios estables evitando la inflación o la deflación y las consiguientes privaciones sociales y mala distribución de los recursos", y observaba que las políticas de estabilización a adoptar "deberían tener en cuenta la necesidad de no retardar el crecimiento económico, considerando la estructura económica social de cada país y ponderar, además de sus efectos económicos, las posibles repercusiones sociales. Debería considerarse además los problemas estructurales y no simplemente monetarios que determinen las tendencias inflacionistas o deflacionarias". Esos problemas estructurales desaparecieron en el debate de la Comisión General. No hay que olvidar que Estados Unidos defiende con firmeza su organización democrática, libre empresista, capitalista, considerando la solución ideal para el progreso (claro, como se sostiene en el colonialismo y el hambre de los demás) y que tiene numerosos seguidores en los gobiernos latinoamericanos. A las transformaciones estructurales, imprescindibles no sólo para la creación de una sociedad más justa y digna, sino también para un mayor desarrollo económico, no se llegará con el patrocinio norteamericano.

Su ayuda en dólares servirá para remediar algunas graves penurias, pero no para solucionar ninguno de los problemas fundamentales de nuestras colectividades. Servirá para retrasar la transformación que necesita América Latina, para atarla más al carro americano, para que le sirva de cortejo en el momento de su grave quiebra. El dinero puede que se gaste alegremente, en nuestro país al menos, para tratar de ganar unas elecciones; inútil parece que lleguen a comprender que significa perder al país y que las soluciones borbónicas para éste, ya no pueden venir del